

Sociedad y ambiente

Lilia América Albert
La Jornada Veracruz, 24 marzo 2014

En lo que respecta al deterioro ambiental, durante los últimos 40 años el sector oficial en México se ha instalado en una etapa declarativa y de acciones cosméticas, en las que ha alcanzado un impresionante nivel de sofisticación y ha logrado que sus declaraciones tengan un barniz científico-técnico que convence a muchos, reduce el nivel de alarma, compromiso y participación de la sociedad y la deja sin respuesta "científica" ante la posición oficial.

En cuanto a la sociedad, su nivel de organización para esta lucha es todavía muy bajo, aunque empieza a haber ejemplos exitosos, si bien poco estructurados. Quizá por lo mismo, la información y el análisis técnico de los problemas de contaminación por parte de los grupos que actúan en este campo son muy rudimentarios y, muchas veces, se limitan a reproducir acríticamente lo que se ha dicho en otros países hace mucho, sin considerar las obvias diferencias políticas, sociales, culturales y económicas con el nuestro, además de que, con frecuencia, llegan a conclusiones erróneas por falta de información. Esto, y la falta de congruencia en sus peticiones, les resta credibilidad a estos grupos y dificulta la identificación social con ellos y con sus demandas.

Por lo mismo, los expertos suelen ver a estos grupos como poco serios o, inclusive, ignorantes, lo que disminuye las probabilidades de que colaboren con ellos. Completa el panorama un aspecto básico: que, en general, a la sociedad mexicana no le sobran tiempo y dinero para dedicarlos a estos esfuerzos. En conjunto, todo esto facilita la actitud oficial que se consolida y convence a muchos de que el estado del ambiente no puede ser mejor.

Considerando que, actualmente, la mayor parte de los mexicanos vive en ciudades en donde existen gravísimos problemas de contaminación, sobre todo atmosférica, es sorprendente que los grupos urbanos dedicados a luchar contra este fenómeno tengan tan baja repercusión social, tan poca credibilidad y tan escasos éxitos reales. Así, hasta el momento no han sido capaces de convocar ni siquiera a una buena manifestación para protestar por una situación muy grave que viola los derechos humanos en forma evidente y daña la salud de todos.

Es igualmente sorprendente que los habitantes de las ciudades sigan aceptando sin comentarios declaraciones oficiales que están pidiendo a gritos un análisis crítico y un cuestionamiento severo, incluyendo la danza de cifras sobre los niveles de contaminación que nadie sabe de dónde salen o qué significan o las afirmaciones oficiales de que la contaminación no daña la salud.

Es innegable que se han logrado algunos avances pero, además de claramente insuficientes, son, más bien, la excepción, sobre todo si se comparan con la magnitud de los problemas ambientales de las ciudades mexicanas y de los casi 40 años de "lucha" oficial contra la contaminación.

La falta de credibilidad social, liderazgo y poder de convocatoria de estos grupos requeriría, por lo menos, que se decidieran a hacer un análisis de las causas y a desarrollar un programa para superar su estancamiento.

Por otro lado, muchos grupos urbanos se dedican a resolver los problemas ambientales que ocurren lejos de las ciudades, quizá porque es más atractivo, porque ahí está el interés de las agencias financiadoras, porque es más "romántico" o, siendo mal pensados, porque a alguien le interesa que dejen en paz los problemas urbanos y hagan ruido lejos de las ciudades. Hasta donde se sabe, estos grupos no siempre ayudan, distraen recursos para mantener oficinas y actividades en el Distrito Federal o en las principales ciudades de los estados, respaldan iniciativas ajenas e inclusive llegan a desplazar a las comunidades del diálogo directo con quienes deben resolver sus problemas.

Aunque a veces estos grupos han tenido resultados positivos, es importante destacar que, además de los que se deben a las comunidades mismas, los mayores éxitos en las zonas rurales se han obtenido gracias al trabajo de individuos o grupos que se asientan en los lugares donde existen problemas o cerca de ellos, trabajan en conjunto con los afectados, escuchan sus opiniones y necesidades y participan en su forma de vida.

En síntesis, en México los grupos ambientalistas urbanos se dedican sobre todo a resolver los problemas del ambiente en sitios remotos, a pesar de que muy pocos de sus integrantes están dispuestos a irse a vivir allá y realizar su trabajo con las comunidades. En cambio, han dedicado relativamente muy poco esfuerzo a estudiar y entender los problemas urbanos de contaminación, a documentar los daños y a proponer soluciones viables y,

sobre todo, a lograr que la sociedad urbana se identifique con ellos, los respete y los siga. Los resultados están a la vista.

Por su parte, los grupos rurales nunca vienen a resolver los problemas de contaminación de las ciudades. Sus luchas se desarrollan alrededor de la defensa de sus tierras, tradiciones, medios de vida y, por lo común, las realizan por sí mismos, con base en la convicción de que algo los está afectando y en la cohesión de sus comunidades.

Sus luchas son comparables a las que, en su momento, realizaron los afectados por los problemas de Minamata en Japón o Love Canal en Estados Unidos y, aunque sus éxitos tarden años y no siempre sean reconocidos, muy probablemente están entre los de mayor importancia en el país. Ninguno de estos grupos se ha autoidentificado como ecologista, y han recibido relativamente poco apoyo de los sectores urbanos.

En contraste con los movimientos urbanos cuyas demandas contra la contaminación son más o menos abstractas y cuyo principal resultado pareciera ser la desmovilización social, los movimientos comunitarios han despertado el interés y la participación de investigadores y expertos y ya van haciendo historia. En Veracruz tenemos algunos ejemplos claros del trabajo de estos grupos, su cohesión y sus bien organizadas luchas, por ejemplo, los que actualmente se organizan para impedir la construcción de presas, represas y desvío de cuerpos de agua en la zona centro del estado

Ante el surgimiento de movimientos locales y sus éxitos, es evidente que tendría que haber cambios en la política y el discurso oficiales. Está por verse si estos cambios, -cuando ocurran y si es que ocurren-, se limitan al desarrollo de nuevos y más sofisticados métodos para combatir la contaminación con base en declaraciones y para desestimular aún más la participación social o son el inicio de una nueva etapa.

Pero, como los problemas de contaminación aumentan en forma continua, al igual que la conciencia de las comunidades directamente afectadas, podemos darnos el lujo de ser optimistas. Ojalá que los integrantes de los grupos urbanos aprendan a mirar a su alrededor y a preocuparse por lo que ocurre cerca de ellos y, en lugar de concentrarse en proteger a las especies en riesgo de extinción o las reservas de la biósfera, empiecen a cuestionar seriamente la posición oficial, a buscar adeptos más allá de sus familiares y amigos, y a plantear acciones que contribuyan realmente a resolver los problemas de su entorno inmediato, en lugar de a desactivar las protestas o a ocupar transitoriamente los titulares de los periódicos.